

## Los “nuevos” latinos y la globalización de los estudios literarios

Debra Castillo  
*Cornell University*

Para decirlo simplemente: lo que hacemos como estudiosos de la literatura es básicamente encontrar un tema interesante sobre el que hablar. Por supuesto, hay enormes debates que giran en torno a lo que significa encontrar “ese algo” (los modos de circulación del conocimiento), que consideramos interesante y por qué (el consenso no declarado entre los intelectuales para definir lo que es inherentemente importante con respecto a un canon o campo existente), y lo que significa hablar de ese algo (algunos tipos de discursos tienen más valor que otros en el mercado literario —la “teoría”, por ejemplo, tiene un coeficiente de validez elevado por su habilidad, en palabras de Meaghan Morris, “de extraer un punto de vista cosmopolita de los eventos más parroquiales o efímeros” [6]). Es más, este diálogo ocurre en un limitado número de universidades, en publicaciones profesionales, y en textos académicos con un grupo de lectores cada vez más reducido a EE.UU., se piensa debido a un exceso de publicación, reducciones en las adquisiciones de las bibliotecas y a la presión puesta en las editoriales académicas para comercializarse.<sup>1</sup> No causa sorpresa que el crecimiento de la flexibilidad por un lado, y la competitividad por otro, estén produciendo ansiedad entre los estudiosos del campo.

Además de estas preocupaciones hay un sentimiento generalizado en muchos círculos literarios actuales de que, a pesar de los muchos avances y variados progresos, el campo de trabajo contemporáneo ha llegado a una crisis —definida a veces como un límite y otras como un estado de agotamiento. Ian Baucom lo llama una época de “caos especulativo” que él define como: “un momento en que ... un centro de especulación dominante ha entrado en una fase de declive cuando aún no se ha establecido un nuevo centro hegemónico” (167). El número de enero del *PMLA* (2001), en el que aparece el artículo de Baucom, está enfocado en el tema de “la globalización de los estudios literarios” e incluye once artículos comentando las teorías de la globalización, sin duda uno de los mayores contendientes por el anunciado nuevo centro de análisis especulativo. Algunos de estos artículos son nuevos, otros derivan de las muy concurridas sesiones sobre este tema en el MLA en 1998. El número mencionado de *PMLA* refleja un fenómeno creciente: las editoriales de primera línea y las figuras más prominentes de la academia están dedicando cada vez más tiempo y espacio a explorar el tema de la globalización. En el mundo fragmentado del análisis literario contemporáneo nada parece más cerca

## 2 • Debra Castillo

de alcanzar el prestigio de la alta teoría que la teoría de la globalización. Y paradójicamente, nada parece resistirse tanto a ocupar el antiguo espacio metropolitano de universalización hegemónica y, sin embargo, mantener, a la vez, las profundas estructuras subyacentes en la alta teoría de orientación europea.

Como Said apunta en su contribución al número del *PMLA*: “la emergencia gradual de paradigmas de investigación confusos y fragmentados en las humanidades... señala el eclipse de los viejos modelos autoritarios eurocéntricos y la ascendencia de una nueva conciencia globalizada y posmoderna” (66). Señalando económicamente el meollo del asunto, la fragmentación y la confusión, constituyen y crean un espacio para esta reconocida —aunque cuestionada— ascendencia. Ciertamente, la eclipsada autoridad de la perspectiva cosmopolita, o el eurocentrismo normativo que sirvió como base incuestionable para el habla literaria, va mano a mano, como numerosos estudiosos lo han confirmado, con el declive del Estado-nación, el aumento de atención en los flujos internacionales de capital y personas, el aumento de la velocidad en las comunicaciones y el intercambio de culturas populares a través de las redes de telecomunicación y los medios masmediáticos. En el mundo académico esto se traduce en un aumento de diversidad del cuerpo de estudiantes y profesores que ha hecho trizas las viejas verdades sobre los patrones de cultura universal. Inevitablemente, parece que la globalización está cambiando las relaciones entre el ser occidental y el otro no-occidental, lo que en el pasado ha definido a las comunidades discursivas y asentado límites que privilegiaron cierto tipo de habla y hablante y que ahora son considerados artificiales.

En este ensayo quiero bregar con un aspecto clave de este gravísimo y muy debatido problema: ¿Cómo estos nuevos estudios están reflexionando sobre la nueva inmigración latinoamericana a los Estados Unidos? La discusión tan acertada de Rachel Lee sobre el lugar de la mujer “de color” en el currículum de “Estudios de la Mujer” en los Estados Unidos, sirve como una útil analogía para el incómodo papel que juegan los estadounidenses de origen latinoamericano en el contexto de los “Estudios Americanos”. Lee escribe que:

Las mujeres de color tienen una posición peculiar en este momento, bajo la denominación de una especie de “espacio puro” fantasmático, fuera de la dominación, pero dentro de los Estudios de la Mujer. Ellas tienen la dudosa distinción de ser celebradas pero no hablar ni ocupar espacios... Al mismo tiempo, se espera que actúen como agente paliativo, relajando las ansiedades provocadas por los inciertos fines y objetivos de los Estudios de la Mujer. (97)

De manera similar, los *nuevos latinos* ayudan a enfocar una crítica al conocimiento y a la práctica cultural en el lugar donde se disputan los significados. Es más, no es coincidencia que se cuestionen significados y se susciten dudas en estas localizaciones académicas específicas, precisamente por la contingencia histórica que ha colocado a ciertos individuos de la diáspora en posición de formular preguntas e influir en la manera de repensar las premisas fundacionales del campo literario. Así, las nuevas comunidades diaspóricas, entre otras influencias, irrumpen en los debates que se vienen dando desde hace tiempo en los Estados Unidos sobre las relaciones entre nación e identidad, sobre los cuerpos “de color” y los espacios minoritarios, sobre la conciencia hemisférica y el papel de los Estados Unidos en un mundo cada vez más globalizado y, por último, sobre la manera en que la práctica teórica y literaria son imaginadas y validadas en ambientes académicos tradicionales.

Quiero explorar más estas preocupaciones y referirme a ejemplos específicos sacados de los textos literarios de dos escritores de esta primera generación —de lo que yo he dado en llamar *nueva escritura latina*—, y que incluye a Concha Alborg (España) y a Eduardo González Viaña (Perú). Me centro en los *nuevos latinos* que eligen escribir en español como un grupo de autores poco estudiados, en contraste con los autores más establecidos, latinos de segunda o tercera generación, quienes principalmente escriben en inglés y cuyo trabajo literario y teórico ha sido más asimilado por la academia de los Estados Unidos. Propongo que estos *nuevos latinos* sirven como importantes índices para entender cómo la topografía de los estudios literarios ha llegado a su estado actual de incómoda interrupción. En una línea más radical, me gustaría sugerir que el “hispanismo” tradicional en los Estados Unidos y en Latinoamérica, necesita repensarse de arriba a abajo para asumir la responsabilidad de plantearse más rigurosamente el desafío que representan los latinos en los Estados Unidos al proyecto cultural del hispanismo.

En su reciente *Local Histories/Global Designs*, Walter D. Mignolo hace una proposición fundamental para el futuro del trabajo académico, sugiriendo que si el concepto ideal de la universidad en el pasado estaba anclado en los valores de la razón, la cultura, la excelencia y la especialización, en la universidad del futuro: “Las humanidades deberán ser imaginadas a partir de una rearticulación crítica del conocimiento y las prácticas culturales” (xii). Creo que Mignolo elabora una conciencia crucial derivada de esta crisis epistemológica. Su propuesta afirma que lo que tradicionalmente llamamos “conocimiento” requiere una índole de complicidad voluntaria de los intelectuales en cierto tipo de inscripciones culturales que son seleccionadas de un complejo campo social y desde un nivel privilegiado.

#### 4 • Debra Castillo

Para Mignolo, como para muchos otros intelectuales contemporáneos, es precisamente este privilegio el tema de preocupación pues, a menudo, las jerarquías se filtran para confirmar estereotipos ya existentes. Al mismo tiempo, Mignolo—quien como argentino-americano declara explícitamente su posición bifocal en el cruce de fronteras entre las estructuras de conocimiento y poder de Latinoamérica y los Estados Unidos—, ofrece una solución algo ambivalente a los problemas producidos por la falta de un centro teórico fuerte en los estudios literarios contemporáneos. Él se sitúa firmemente en el guión que se encuentra entre Argentina y EE.UU., en la raya que separa lo local y lo global en el título de su libro, sugiriendo una fructífera colisión/confabulación en la afirmación de conocimientos conflictivos.

El problema está en cómo releer el paradigma actual desde la perspectiva de un lugar de enunciación fuera de la del sujeto occidental. El filósofo colombiano Santiago Castro Gómez comenta que la “herencia [colonial] sigue reproduciéndose en el modo como la discursividad de las ciencias sociales y humanas se vincula a la producción de imágenes sobre... ‘Latinoamérica’, administradas desde la racionalidad burocrática de las universidades...”, sugiriendo que, frecuentemente, las universidades de los Estados Unidos tienen agendas e ideologías que entran en directo conflicto con intereses latinoamericanos. Castro-Gómez plantea que incluso cuando estos intereses norteamericanos no se tomen en consideración “las narrativas anticolonialistas jamás se preguntaron por el *statusepistemológico* de su propio discurso” (188-189), creando un punto ciego que, inevitablemente, enmarca y analiza al otro no-europeo a través del filtro del discurso eurocéntrico. Los intelectuales como Mignolo y Castro Gómez no sólo piden un análisis más cuidadoso y profundo de las relaciones entre la historia imperial y las construcciones de conocimiento sino que también reclaman que se acepte un conocimiento teórico alternativo de Latinoamérica sobre Latinoamérica. Ambos identifican la necesidad radical de una crítica exterior a los sistemas de conocimiento eurocéntricos en las instituciones occidentales, un cambio de paradigma que permitiría una observación distanciada, más allá de la obtenida cuando los europeos se observan a sí mismos (observando al otro).

En abstracto esto suena como una atractiva y desestabilizante solución al problema. Sin embargo, otras preocupaciones aparecen casi de inmediato. Rey Chow resume el laberinto que son los diálogos interculturales con su elegante lectura de Derrida en el pasaje de *Of Grammatology* en que el filósofo francés hace una analogía con la escritura china que ella encuentra sintómicamente productiva, al contrario de lo que muchos otros han discutido —menos sutilmente— desde posiciones intelectuales. Chow

nota que: “El movimiento que Derrida hace al leer a través de culturas diferentes ... supone un momento en el que la representación se convierte, con intención o sin ella, en un estereotipo, un momento en que el otro se transforma en un cliché reciclado”. Sin embargo, lo importante es que Chow, como también Derridá, reconocen que los estereotipos no son sólo ficciones simplistas que permiten que las formulaciones teóricas tomen cuerpo. En efecto, estos clichés son absolutamente esenciales para las relaciones entre diversos grupos sociales y no pueden ser fácilmente eliminados: “De lo que se trata, en otras palabras, es de no repudiar simplemente los estereotipos y pretender que podemos eliminarlos... sino también de reconocer que en el acto de estereotipar... hay una significación fundamental o proceso de representación que tiene reales consecuencias teóricas y políticas” (70-1). La lectura conjunta de Chow y Mignolo genera una alerta importante. La fusión de estos dos pensadores sugiere que el llamado de este último por una crítica cultural posicionada, a menos que éstasea prudente y sutilmente elaborada, podría potencialmente evolucionar hacia una colisión de los peores estereotipos sobre el otro en cada cultura —más que hacia el proyecto que Mignolo sugiere como un utópico encuentro entre varios conocimientos locales. Chow opina paralelamente que a pesar de su advertencia sobre el poder y la inevitabilidad de los estereotipos, a menos que se tiendan de manera vigilante y rigurosa estructuras de lectura crítica, se podría caer en una lectura simplista.

Varias de las recientes discusiones sobre la cultura latina en los Estados Unidos están relacionadas con este problema. La salsa picante desbancó al *Ketchup* como el condimento más usado y McDonald's estaba sirviendo burritos como desayuno mucho antes de que la fiebre de Jennifer López, Benicio del Toro y Ricky Martin ayudara al *mainstream* estadounidense a definir el “Latin Boom” en la cultura popular. Sin embargo, las estadísticas del último censo han creado gran expectativa y, a la vez, desasosiego, sobre todo cuando se admite que a pesar de que aún sin haber contado a toda la población, los latinos han superado todas las proyecciones de crecimiento. Sea o no el “Latin Boom” un mero plan de promoción comercial, las estadísticas demográficas son reales. Frecuentemente se menciona la cifra de treinta y cinco millones como la aproximación al número correcto de latinos en los Estados Unidos y Juan González calcula una población de cuarenta millones de latinos para el 2010. Estos números impresionantes apoyan su argumento cuando escribe mordazmente,

Este cambio de población es tan masivo que está transformando la composición étnica de este país y cuestionando aspectos claves comúnmente aceptados como son la identidad nacional, el lenguaje, la

6 • Debra Castillo

cultura, y la historia oficial; un sismo social que ha cogido desprevenidas a las estructuras de poder y a las instituciones estadounidenses. (xi-xii)

El resultado, para utilizar los términos de Chow y Mignolo, es la recurrencia de estereotipos simplistas e irreflexivos sin que estos sean balanceados por una crítica del conocimiento.

Javier Campos, por ejemplo, piensa que los efectos del llamado boom latino en los Estados Unidos están profundamente imbuidos de *clichés* y posturas erróneas. Estos se generan desde ambos lados de la división entre los Estados Unidos y Latinoamérica en lo que parece ser la exotización de los deseos locales proyectados sobre el otro. Campos rastrea los estereotipos desde sus varias fuentes. En el lado de los Estados Unidos los orígenes se pueden encontrar en la fascinación de los años veinte con la música caribeña en la costa Este, el re-procesamiento de imágenes en las películas de Hollywood, la invención del vaquero partiendo de fragmentos de la cultura mexicana del suroeste de los Estados Unidos, los conocimientos parciales traídos a los EE.UU. por artistas, escritores y fotógrafos después de recorrer el “exótico Sur” en busca de imágenes y textos. Del lado sur, Campos cita una serie de películas mexicanas y el estereotipo de los Estados Unidos como una tierra de abundantes recursos y de habitantes absurdamente ineptos promulgada por escritores latinoamericanos después de cortas visitas (81-82). Hay ciertamente algo interesante que decir sobre la relación, por ejemplo, entre la cultura del vaquero, las películas de cowboys *hollywoodenses* y los filmes mexicanos de los cincuenta; o Carmen Miranda, el boom de la salsa en Nueva York, y la inmigración caribeña; o las variantes en los Estados Unidos y en Latinoamérica del norteamericano mal educado y avasallador. La preocupación específica de Campos es, sin embargo, que los estereotipos pasan, frecuentemente, por un perfecto conocimiento sobre las culturas latinas. Él no está solo en su preocupación. Esta es una crítica formulada en otro contexto, para dar un ejemplo, con respecto a las controvertidas representaciones de John Leguizamo en “Mambo Mouth” y “Spicorama”. Los detractores de estas performances articulan sus reparos en base al miedo de que la mordaz sátira pueda ser leída erróneamente por gringos ignorantes como un mero reflejo de lo que ellos consideran las eternas verdades de la cultura latina. A pesar de todo esto, la pregunta, intuida ya por muchos de los estudiosos de la teoría de la globalización, sigue siendo cómo elaborar una crítica rigurosa dada la ausencia de una base fundacional o cuándo adoptar una base teórica insuficiente con sus defectos y sus detestables consecuencias políticas y sociales.

Cuando pasamos de la cultura popular a la literatura hay una larga historia de apreciaciones del Sur desde el Norte, y viceversa, que puede servirnos como punto de partida para pensar en las implicaciones más profundas de este dilema. Incluso si ignoramos los escritos del período colonial hay un impresionante *corpus* textual de autores contemporáneos, anglo-americanos y europeos, que han viajado a Latinoamérica en busca de objetos de conocimiento, exóticos o mundanos, tal como Paz-Soldán y Fuguet mencionan en la introducción de su reciente compilación de escritores en español que residen en los Estados Unidos (17). Para utilizarlo como referencia, Dewey Wayne Gunn identifica más de cuatrocientas cincuenta novelas, obras de teatro y poemas escritos en México entre 1805 y 1973 por escritores británicos y norteamericanos. El crítico mexicano José Joaquín Blanco explora, a su vez, la famosa obsesión con el México indígena de autores como Artaud o Bataille, quienes con un español de turista, rudimentarios conceptos antropológicos de segunda mano, desconocimiento de la historia mexicana e ignorando las lenguas indígenas, imaginan y crean un México que encaja en sus nociones preconcebidas (26). Del mismo modo, hay un significativo grupo de obras latinoamericanas que miran al Norte con una perspectiva sureña. En su ensayo, “El monstruo come (y baila) salsa” (17-18) Paz Soldán y Fuguet enumeran algunos de los nombres más conocidos: Puig, Fuentes, Valenzuela, Donoso, Allende, Skármeta, etc. A lo largo de un análisis más desarrollado, intelectuales como Alberto Ledesma y María Herrera-Sobek rastrean un prolífico grupo de narrativas mexicanas que tratan sobre la vida en los Estados Unidos. Estos textos se dividen, al menos, en dos sub-géneros bien representados: la narrativa académica (Agustín, Sainz) y la novela de bracero (Spota, Becerra González, Topete, Oropeza). Tales diálogos norte-sur (o monólogos paralelos) tienen que ser leídos en conjunto y, a su vez, tomando en consideración el trabajo de autores latinos residentes en los Estados Unidos que pertenecen a las muchas culturas y generaciones de latinidad en este país.

En el caso de los así llamados “nuevos latinos”, la posibilidad de incompreensión se multiplica vertiginosamente. No sólo los nuevos latinos deben tener en cuenta los estereotipos arraigados de y sobre los latinos en los Estados Unidos, sino que también son conscientes de los que afectan a otros residentes de los Estados Unidos que no son de origen latino. Ellos tienen que lidiar con su involuntaria “carga” traída desde Latinoamérica, y las implicaciones que tal lastre tiene sobre los temas de raza, etnicidad, asimilación, bilingüismo y relaciones internacionales hemisféricas. Este problema, ni es trivial, ni está escondido. Demográficamente, los nuevos latinos residen mayormente en áreas urbanas. Es más, aproximadamente

## 8 • Debra Castillo

la mitad de todos los latinos en los Estados Unidos forman parte de una primera generación de inmigrantes (Jones-Correa<sup>2</sup>). Numerosos científicos sociales sugieren que este hecho tiene profundas implicaciones para el estudio de los latinos en los Estados Unidos, quienes han sido vistos tradicionalmente sólo desde la perspectiva de una población minoritaria y rural. Estudiosos como González y Jones-Correa proponen que es igualmente importante corregir el entendimiento tradicional sobre los latinos de segunda y tercera generación y los nuevos latinos, lo cual forzosamente tendría que incluir una perspectiva derivada de Latinoamérica. González afirma que por desgracia, reconocidos escritores latinos asumen a menudo la tarea de explicar sus historias y su cultura dentro del contexto de los Estados Unidos, y dirigiéndose sólo a un lector de la cultura dominante, con el resultado de que estas narrativas “caen en lo que yo llamo el enfoque Safari, destinado exclusivamente a un público anglosajón, con el autor como guía e interprete de los nativos que se encuentran a lo largo del camino... pocos tratan de entender nuestro hemisferio como un *Nuevo Mundo, norte y sur*” (xvii-xviii). González, como Jones-Correa y otros prominentes científicos sociales latinos, adoptan una aproximación matizada que proveería una importante corrección a la imagen “exotificada” del latino asiduamente promulgada por los medios masivos e incluso auto-promovida. Este enfoque más equilibrado, desde su punto de vista, tiene que incluir un amplio componente hemisférico.

En lo concerniente a lo cultural, los nuevos latinos, advierte Ricardo Armijo, se encuentran atrapados entre las expectativas creadas por el boom latino en los Estados Unidos y el asentado boom literario latinoamericano de los sesenta. Armijo considera pues, que la pregunta clave es:

¿Cómo los escritores hispanoparlantes de los Estados Unidos podemos abordar nuestra realidad estadounidense si no tenemos una limitación nacional? ¿Cómo podemos imaginar la realidad que nos rodea cuando nuestro argumento básico es aquél que dice que venimos de otro lugar, de otra realidad? (1)

Al hacer esta pregunta Armijo señala, de nuevo, la inevitable crisis causada cada vez que se juntan las palabras “política” y “conocimiento” en la misma estructura teórica. Las afirmaciones sobre el conocimiento están forzosamente imbricadas en una compleja red de polémicos significados y sólo pueden ser verificadas a través de la complicidad con un sistema de exclusiones que define un adentro y un afuera, una auténtica realidad y “otra” realidad que se mantiene fuera de los límites establecidos.



Armijo también subraya otro espinoso problema, que se fragua en los Estados Unidos debido a los grandes e históricos campos minados de los disturbios que se dan como consecuencia de la convivencia de diversas identidades étnicas. ¿Quién es un latino? ¿Quién puede definir una “auténtica” latinidad? Variantes de esta pregunta han sido formuladas por intelectuales y activistas de diferentes ideologías en lenguajes a veces cargados de agresividad. No obstante, la cuestión parece más urgente en ciertos círculos, debido a una primera generación en expansión, aunque también lo sea, por otras razones, al grupo extenso y étnicamente mezclado de la segunda generación. Tales demandas identitarias se expresan frecuentemente en los tensos intercambios entre los latinos que ya están establecidos y los recién llegados, quienes se han encontrado, a veces, acusados de ser usurpadores, fraudulentos y no “auténticos”. Bruce-Novoa considera en uno de sus estudios la provocadora pregunta: “¿En qué momento puede considerarse chicano a un escritor mexicano inmigrante?” (174), y Hector Calderón se pregunta algo similar: ¿Se debería considerar a los escritores mexicanos y expatriados viajando o viviendo en Texas y California como escritores chicanos?” (103). Preguntas de este estilo se pueden formular repetidamente sobre individuos de cualquier origen nacional. ¿Deberían ser incluidos los trabajadores indocumentados? ¿Y los cubanos que todavía se consideran “en el exilio” después de cuarenta años en los Estados Unidos? ¿Cómo resolver la cuestión de Puerto Rico? Y si un indio de Guatemala se considera latino, ¿lo sería también un judío argentino?

Jones-Correa define todas las identidades, incluyendo las identidades étnicas, partiendo de su naturaleza instrumental; esto es, como el medio que se utiliza para alcanzar ciertos fines, ya sean fomentados por el estado o por situaciones sociales (110). Sin embargo, esta teoría instrumental de la identidad, aunque sirve propósitos políticos y sociales, no captura totalmente la ansiedad que se siente cuando uno se halla en medio de dos identidades y se sufre un sentimiento de no pertenencia. Esta es la queja más frecuente de los nuevos latinos que se encuentran situados entre múltiples y conflictivas identidades, y atrapados por un tipo de doble diferenciación forzada por la descripción, de la cultura de origen en el país de adopción en un momento dado. Quizás sería importante, ahora, dar un paso atrás y describir esta disyuntiva con más detalle enfocándonos, en particular, en unos pocos componentes de los discursos conflictivos sobre los nuevos latinos en los Estados Unidos.

Hace unos años Michel de Certeau propuso que toda teoría descansaba irrevocablemente en un lecho histórico y que, de hecho, la forma narrativa necesariamente definía la forma de todo trabajo teórico:

- 1.- Los procedimientos no son meros objetos de estudio teórico. Ellos organizan la construcción de la teoría misma.
- 2.- Para clarificar la relación de la teoría con esos procesos que la producen, así como los que son su objeto de estudio, la forma más importante sería un *discurso narrativo (a storytelling discourse)*... en el cual las historias aparecen lentamente como el producto de desplazamientos relacionados a una lógica metonímica. ¿No es, entonces, el momento de reconocer la legitimidad teórica de la narrativa, que pasaría a ser vista no como una indeleble huella (o resto esperando a ser erradicado) sino más como una forma necesaria para una teoría de las prácticas? (traducción mía). (192)

Me gustaría proponer, en el resto de este artículo, no sólo que la teoría descansa en un cuerpo narrativo, sino que las historias contadas nos ofrecen una metodología particularmente valiosa para explorar algunos de los dilemas que nos han ocupado hasta ahora.

La reciente colección de cuentos escrita por Eduardo González Viaña, *Los sueños de América*, nos ofrece un punto de entrada en una matizada teoría de la globalización. Las historias en este texto continuamente sorprenden al lector con la guardia baja debido a que su posicionalidad narrativa tiende a desviarse ligeramente de las expectativas del lector. Esto nos fuerza a reconocer el US-centrismo de la cultura dominante y los discursos contestatarios de tradición latina que emanan de los Estados Unidos recordándonos, también, que hay puntos ciegos que se producen en los espacios privilegiados de Latinoamérica. La historia que da el título al texto es típica en este sentido. La historia, que tiene como escenario a Berkeley de finales de los ochenta, narra una serie de encuentros entre un escritor latinoamericano y un gringo de ochenta años llamado Patrick que podría ser un comunista que luchó con la Brigada Lincoln durante la Guerra Civil Española o, por el contrario, un agente de la CIA. Al principio de la historia el narrador comenta “la verdad es que América me parecía un artificio literario en las supuestas historias españolas de Patrick, o una muestra de su adicción por la literatura de Hemingway” (180). Complicando a propósito el referente aún más “América” es, en esta cita, una joven mujer española que lucha con las fuerzas republicanas y que ha tomado este seudónimo por amor a Patrick y a su madre patria. La serie de referentes culturales (Berkeley, España, o Perú) y las complicadas líneas narrativas se enredan de manera muy efectiva—América pasa a través de tres narraciones diferentes de ambigua filiación política, ninguna de las cuales puede ser totalmente autorizada por la narración.

El texto está lleno de similares tortuosos artificios. Sus personajes son típicamente descritos como gente invisible, plagados de sombras y

perseguidos por desapariciones atroces y mundanas. Gentes cuyo modo más común de relación social gira en torno a encuentros cercanos, desencuentros, o a mutuos malentendidos. Estos personajes sufren de presagios en sus sueños y, como si sus vidas no estuvieran demasiado llenas, todavía tienen que encontrar un modo de articularlas en forma narrativa. Una de las quejas más comunes de los personajes gira en torno a la imposibilidad de narrar—bien porque las culturas son incommensurables y no hay contexto para un diálogo común, bien porque el narrador es invisible para su entorno social y por lo tanto no es oído, o bien debido a que el escritor no habla inglés y se habrían reído de él si lo hubiera intentado.

Uno de los personajes en una historia de González Viaña especifica:

No se olvide que la mayoría de los norteamericanos dispone de una geografía diferente a la que se usa en otras partes. ... En muchos colegios y universidades, los estudiantes creen que su país se llama 'América' y limita por el sur con una nación llamada México de la cual provienen los hispanos. Buenos Aires, Montevideo, Lima, Bogotá y Quito, según eso, están en México. (240-1)

Los ciudadanos de los Estados Unidos no son los únicos en el hemisferio ignorantes de las particularidades de la geografía norteamericana. En otra de sus historias, González Viaña describe una conversación entre emigrantes de Perú y Guatemala en el que un guatemalteco solicita la ayuda de su colega latinoamericano para localizar un bosque adecuado en los Estados Unidos al que los nagueles puedan haber escapado. Él se asombra cuando el profesor universitario del Perú expresa su ignorancia sobre los nagueles, un hecho familiar a cualquier niño guatemalteco (57-58). Esta historia señala con delicado humor la incommensurabilidad cultural entre países que asiduamente son confundidos como uno solo en el imaginario de los Estados Unidos. También nos recuerda que un peruano educado de Lima y un campesino de Guatemala, a pesar de las similitudes superficiales del lenguaje, tienen poco en común excepto la contingencia de coincidir en el estado de Oregon, EE.UU. (que el autor de esta colección de cuentos describe irónicamente como un estado “en el lejano Oeste, sobre cuya existencia real la gente tiene algunas dudas” [162]). Es aquí donde el mero hecho del contacto crea nuevas realidades: en el caso de estos dos personajes, Oregon —el *locus* imaginario— es el factor catalizador que los interpela en la latinidad de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, la forma de esta nueva identidad latina deriva del encuentro entre Perú y Guatemala en un tercer espacio de compromiso personal, en el sentido mutuamente contestatario y revisionista de seres culturales evolucionando a partir de este contacto.

Una de las historias con más éxito en el volumen es “Ésta es tu vida”. El relato parodia un programa televisivo de una cadena en español que, a su vez, reproduce un famoso programa de encuentros en los Estados Unidos producido durante los días tempranos de la televisión. El pretexto de la historia, como en el programa original, es reunir en un estudio de Miami a personas importantes del pasado de un invitado que va a ser homenajeado. En este caso el invitado es el distinguido hombre de negocios y “orgullo latino” Dante León. González Viaña no sólo alcanza a reproducir en esta historia de rico imaginario el ambiente de la puesta en escena y el homenaje del evento, sino que también plantea lo que significa hablar de “la vida” de una persona desde diversos niveles. Éstos se dividen entre lo que se construye para una público televisivo (es decir los propósitos políticos y sociales) y lo que ha sido realmente vivido incluyendo los caminos no tomados, en fin, las elecciones y los arrepentimientos de cada uno. Así, por ejemplo, exteriormente Dante León es un individuo de mucho éxito, una persona modelo, un perfecto ejemplo del pequeño y altamente visible grupo que representa el orgullo latino en los términos en que se mide el éxito en los Estados Unidos. Al mismo tiempo, este éxito superficial tiene un alto coste: León ha dejado su país, la mujer que amaba, su dignidad, una vida que él entendía “y, en cierta forma, a todo lo que hacía mi identidad personal. Y también a todo lo que me parecía perfecto en este mundo” (278).

Su remordimiento más profundo es la pérdida de *yo* que le acompañó, paso a paso, por las opciones que lo llevaron a este punto, y que se mantiene silenciado en la fanfarria del programa televisivo. Pero aún hay más, la nostalgia de León por lo que ha perdido choca con la doble historia del sueño americano: como estereotipo imaginado desde la cultura dominante de los Estados Unidos, y como adaptación de la cultura latina de Miami en un gesto no reconocido de asimilación. El programa no tiene interés real para León o para su vida pero sirve como reflexión sobre el coste vital del cruce de Latinoamérica a los Estados Unidos, y lo que significa tener que sacrificar su origen para satisfacer las expectativas de su nuevo lugar de adopción. La historia acaba con el espectacular final del programa. Escondido detrás de una puerta pintada con la Estatua de la Libertad se encuentra el regalo de salida: un Mercedes Benz “full equipo de calidad Liberty”. En la escena final, se pide a los técnicos del estudio que “prendan otra vez los faros de la Liberty y apunten a los ojos de Dante para que no se quede dormido, para que no se desmaterialice y para que tenga tiempo de contar a los que van con él toda su vida y milagros en los Estados Unidos” (282).

En su estudio del imperialismo cultural en el Yucatán, Quetzil Castañeda usa la Coca-Cola como un conveniente signo de referencia para describir formas desiguales de asimilación: “El hecho de que la Coca-Cola se ha convertido en una sinécdoque de una cultura específica es frecuentemente lamentado con nostalgia por algunos representantes del centro metropolitano como una pérdida o violación cultural. La analogía no es que la Coca-Cola sea cultura sino que la cultura es como la Coca-Cola”. Castañeda extiende esta conclusión, y pide a sus lectores que imaginen “La invención de la cultura, local o global, como si fuera Coca-Cola” lo que él llama “la teoría Coca-Cola de la cultura”. Esta vendría a ser “una entidad heterogénea constituida en y a través del disputado intercambio de préstamos que sucede al cruzar los límites forjados por tal tráfico transcultural” (traducción mía) (37). El argumento que Castañeda quiere hacer, según lo entiendo, es que la Coca-Cola (tomada como una marca simbólica) nos ayuda a pensar sobre las maneras en que diferentes colectivos imaginan cómo habitan su campo social y a definir tanto los límites de ese espacio como las intersecciones con otros colectivos. En las historias de González Viaña, la Estatua de la Libertad o la tienda local Safeway se ofrecen, de manera análoga, como marcadores culturales que, provisional y muy ambigüamente, sirven para sobre-determinar lugares simbólicos. De manera crítica se muestra cómo en estos espacios—donde ocurren tanto el cruce de límites como el choque cultural— se produce, necesariamente, un intercambio cultural cuando se trata de personas invisibles dentro de las fronteras de los Estados Unidos.

Mientras que la especificidad cultural y geográfica en las zonas de contacto en los EE.UU. ofrece una de las más ricas áreas de estudio, una mirada revisionista también prestaría atención al lenguaje que se usa en estas comunidades y al flujo de discursos. El influyente crítico cultural mexicano Carlos Monsiváis ha seguido por muchos años el desarrollo de la clase media mexicana hacia lo que él llama la “chicanización”. Este fenómeno consiste en la americanización de la cultura popular mexicana bajo la influencia de la CNN y las películas norteamericanas, del rock en inglés y otras formas musicales como el *hip hop* y, claro está, debido a la presión del inglés. Recientemente, en una conferencia (citada por el servicio en línea “Notimex”) Monsiváis desarrolló este argumento en lo que, para él, son términos inusualmente negativos. En una revisión panorámica de las letras contemporáneas mexicanas titulada “Cultura y globalización en América del Norte: Desafíos para el siglo *xxi*”, Monsiváis muestra preocupación debido a que “la introducción del *espanglish* inevitable y avasallante, obliga a que se desvanezca en las nuevas generaciones el sonido prestigioso y clásico del idioma”, y expresa con profundo desasosiego

a que “jóvenes incapaces de memorizar un soneto, se saben al detalle la letra de las canciones de los Backstreet Boys, y por supuesto, de los Beatles y The Rolling Stones” (Notimex, 10 June 2001).

Quizás el elemento más sorprendente en este comentario sea su fuente. Si bien los lamentos *ubi sunt* por el pasado de la literatura y las glorias lingüísticas son un discurso bien establecido en la academia, Carlos Monsiváis se ha dado a conocer por sus ácidos y entretenidos comentarios sobre la cultura popular mexicana y como defensor de la vitalidad de la mezcla cultural, más que como su retrógrado adversario. Este cambio en Monsiváis, que va de describir la chicanización a arremeter contra el *espanglish*, me parece un ejemplo significativo de lo que piensa un importante sector de opinión. Comentarios parecidos han sido expresados por algunos representantes plurilingües y altamente educados de los más exclusivos círculos literarios latinoamericanos que enuncian, sin autocrítica alguna, prejuicios de edad o de clase social tan obvios que no requieren más comentario. Estos prejuicios, que no merecen la pena ser criticados en sus mismos fundamentos, siguen siendo interesantes porque permiten una puerta de entrada a los procesos discursivos específicos que tienen consecuencias en la elaboración teórica y que nos ofrecen una visión interior a las prácticas institucionales con respecto no sólo a los *fans* de los Backstreet Boys en México sino, también, a los jóvenes escritores urbanos de la generación actual para la que la identidad se expresa en una cosmopolita conciencia hiper-internacional. Quizás no sorprende entonces que un significativo número de estos escritores en ascendencia rechacen como rancias las modalidades del boom latinoamericano, y encuentren inspiración en la cultura popular internacionalizada de los EE.UU. Ejemplos de escritores que crean desde su experiencia como primera generación en los Estados Unidos son Jaime Bayly, Alberto Fuguet, Ilan Stavans y Mayra Santos-Febres, por nombrar sólo unos pocos.

El cambio de códigos y el uso de *espanglish* han generado un acalorado debate en los círculos latinos de los Estados Unidos en el que es necesario que la perspectiva vaya más allá de estrechas alarmas sobre el declive poético del español en las bocas de adolescentes carentes de educación formal. Creo que al contrario, más que empobrecer el bello lenguaje clásico español, muchos de los nuevos latinos encuentran una emocionante y vital potencialidad para nuevas expresiones poéticas en los ritmos de los dos lenguajes mezclándose. Los autores que contribuyen al reciente texto pos-McOndo de Alfaguara, *Se habla español*,<sup>2</sup> son un ejemplo. Mientras funcionan dentro de la perspectiva norte-sur de la primera generación de latinos en sus encuentros con los Estados Unidos, a menudo salpican sus narrativas con mezclas o préstamos de palabras del inglés y frases que capturan con

más precisión el rico espacio intermedio en que se encuentran sus personajes. Algunos de los escritores de esta colección van más lejos que otros. En las primeras páginas del texto el divertido “Pequeño diccionario Spanglish ilustrado” de Gustavo Escanlar ofrece una profunda perspectiva de la intersección entre varias comunidades latinas (nuevas y asentadas) salpicadas por palabras claves en *espanglish*: “bacunclínear”, “chatear”, “flipar”. *Se habla español* se cierra con el agresivo *espanglish* de “Blow Up” escrito por Giannina Braschi, y el desarreglo discordante del cambio de códigos que el narrador de la historia efectúa. Este narrador encaja perfectamente con las exasperantes conversaciones entre los dos personajes cuya relación disfuncional se está disolviendo en una marea de pequeñas acusaciones: “¿dónde está el tapón de mi botella de agua? Tú no sabes que le entran germs, pierde el fizz, y no me gusta que el agua huela como tu chicken curry sandwich, ésta ya no sirve” (368).

Concha Alborg, en su reciente colección de relatos *Beyond Jet-Lag* subraya esto en relación al incremento del campo lingüístico que se ofrece al tener dos lenguajes de los que elegir en su trabajo creativo. Como muchos otros escritores de primera generación a los que he estado refiriéndome, Alborg describe un sentimiento de nunca alcanzar el lugar de destino para el que se ha partido hace tiempo; un sentimiento que se describe como el de permanecer flotando en un espacio intermedio. Su metáfora, famosa y común a muchos escritores caribeños, es el avión:

A veces pienso que pertenezco al espacio en el que vuelo sobre el Atlántico, no en España todavía, pero anticipando... el viaje. O regresando, aliviada de que no tengo que vivir allí nunca más... Quiero ser americana cuando estoy aquí, española cuando llego allí. En realidad funciona al contrario y yo lo sé (traducción mía).

(Sometimes I think that I belong flying over the Atlantic, either not quite in España yet, but anticipating... the trip. Or coming back relieved that I don't have to live there anymore... I want to be American when I'm here, Spanish when I get there. Actually, it works just the opposite and I know it). (7)

La solución de Alborg consiste en escribir, más o menos, la mitad de las historias en español y la otra mitad en inglés, siendo el contexto el que determina el lenguaje. Así, sus relatos sobre Madrid, el Caribe, un viaje a Nicaragua, una entrevista con un escritor hispano, una conversación con un amigo americano-venezolano, o una visita a la peluquería están escritas en español. Por otro lado, sus cuentos sobre su viaje al Museo de Arte de Chicago, sobre eventos sociales en los Estados Unidos, o sobre el vecindario están todos en inglés. Estas son elecciones circunstanciales, basadas en el

lenguaje apropiado al espacio en que la historia se desarrolla y sus expectativas culturales. Al mismo tiempo, la conciencia que Alborg tiene de su inescapable bifocalidad, descrita originalmente con la metáfora del avión, influye a todos estos relatos. Sea español o inglés, el otro lenguaje e identidad ineludiblemente funcionan bajo una voz principal. Por ejemplo, ella explica al principio de una de las historias en inglés, “Ésta es una de esas historias que debo escribir en inglés, porque ¿cómo podría explicar en español lo que representa un baile de fin de *prom*?” (“This is one of those stories that I must write in English, because how would I explain in Spanish what a senior prom is?”) (67). Un relato posterior comienza de la misma manera: “El concepto de la chica de al lado no existe en español: alguien que representa la bondad, la familiaridad de cualquier mujer americana... Qué diferente es en francés, por ejemplo, donde ‘femme a coté’ es, al contrario, una tentación” (“The concept of the girl next door doesn’t exist in Spanish: someone who represents the goodness, the familiarity of the all-American female... How different it is in French, for example, where ‘femme a coté’ is rather a temptation” 93). En ambos casos, la explicación al —¿por qué en inglés?— proviene de un sentimiento de falta o deficiencia del español para expresar un matiz cultural. Su proyección a través de lenguajes y culturas es clara. El inglés captura mejor el sentido de la fiesta de fin de curso (“prom”), que vengan las amigas a dormir a tu casa (“sleepover”), o la chica de al lado (“the girl next door”) y, sin embargo, Alborg siente la necesidad de explicar estos conceptos de una manera que sólo es necesaria para lectores que vienen de otro espacio cultural. De manera similar, ahora desde el otro lado, en el relato “Alter ego” Alborg escribe: “A veces me pregunto cómo hubiese sido mi vida si yo no hubiera emigrado a este país” (30). Como puede verse, la vida española del imaginado *alter ego* está indefectiblemente afectada por la experiencia distanciadora de haber vivido muchos años en los Estados Unidos.

Paz-Soldán y Fuguet afirman tendenciosamente que “no se puede hablar de Latinoamérica sin incluir a los Estados Unidos. Y no se puede concebir a los Estados Unidos sin necesariamente pensar en América Latina” (19). John Beverley propone de manera parecida: “Me gustaría preguntar lo que significa, hoy en día, articular pedagógicamente la identidad ‘americano’ en el contexto de la rápida hispanización —en términos demográficos, culturales y lingüísticos— de la sociedad de los Estados Unidos” (162). El desafío implícito en estos comentarios va más allá del mero cambio de currículum o textos de introducción cultural, centrándose en el cambio de las formas de pensar académicas donde las fronteras disciplinarias siguen investidas de autoridad. Giles Gunn estaría de acuerdo añadiendo el crucial reconocimiento a un debate en marcha que



ha sido repetidamente silenciado, en parte, porque se ha perdido en los pasillos entre los departamentos de inglés y español. Gunn afirma la necesidad de recordar que “las literaturas en las Américas han estado en continua conversación” o “interrogación mútua” (17) desde el primer momento de intercambios pos-coloniales. Algunos ejemplos obvios incluyen a Franklin y Sarmiento, Darío y Whitman, Lowry y Lispector, o García Márquez y Morrison. Beverley, como Paz-Soldán y Fuguet, habla desde la perspectiva de un latinoamericanista; Giles Gunn desde la perspectiva de los estudios globales y los departamentos de inglés. Todos ellos se unen en una amplia base crítica a los programas de estudios organizados alrededor de lenguajes nacionales imaginariamente constituidos, y en favor de un contexto pan-americano de investigación intelectual.

Es más, la hispanización de los Estados Unidos significa que la literatura norteamericana en español y en inglés necesita ser situada dentro de un contexto hemisférico. Esto representa un serio problema en términos de las estructuras institucionales tradicionales debido a que, recurriendo a la propuesta que hace de Certeau, el relato aceptado que subraya metodologías y argumentos teóricos es naturalmente cómplice de las estructuras disciplinarias actuales, aportándonos un lugar desde el que pensar y un límite al tratar de re-situar formas alternativas de conocimiento. Uno de los problemas que encaran los departamentos de inglés (en los que el enfoque en Estudios Americanos/American Studies es un campo importante) viene producido por la necesidad de una comprensión amplia y franca del país. Incluso en los así llamados Estudios Americanos una visión hemisférica integral sigue siendo todavía un sueño irrealizable. Tendrán que reconocer que “todas las tradiciones nacionales son plurales más que singulares” (Gunn 18), yendo contra la corriente del modelo tradicional de estudios que ha sido el de “literaturas nacionales definidas en relación a culturas históricamente homogéneas” (21). Desde el punto de vista de los departamentos de español, hay un cambio paralelo que tiene que ocurrir. La literatura de los Estados Unidos no es, y nunca ha sido, exclusivamente un proyecto en lengua inglesa. El español se está convirtiendo en una representación pos-nacional, especialmente si consideramos el español en los Estados Unidos. Desde una división más fluida de las estructuras de conocimiento, los departamentos que llevan nombres de lenguajes (español, francés, inglés, etc.) no se enfocarían tanto en las literaturas nacionales—supuestamente consolidadas—, sino que se centrarían en la descripción del lenguaje en el que una obra literaria ha sido escrita.

Para remediar esta falta de un proyecto curricular más completo necesitamos tomar en cuenta la carencia de estudios que reflexionan sobre el impacto de los nuevos latinos que escriben en español. Walter Mignolo se pregunta: “¿Desde ‘dónde’ debo repensar? ... ¿Será posible construir sobre una base que no sea la base que permitió la justificación de lenguajes nacionales imperialistas y su complicidad con el conocimiento?” Su respuesta a la pregunta es una invocación: “comenzar a pensar desde lenguajes-frontera en lugar de los lenguajes nacionales” (256). Tal esfuerzo llevaría, inevitablemente, a la creación de una nueva epistemología, un nuevo modo de pensar sobre las pretensiones de conocimiento, sobre los límites disciplinarios en la educación universitaria, y sobre las historias que nos contamos que sienten las bases para actuaciones de políticas públicas. Hoy en día el peso institucional del hispanismo es a los estudios literarios lo que los Estudios Latinos son al inglés —menos prestigioso, menos blanco, todavía marginal, pero con una demografía amenazante. Una reelaboración de los viejos prejuicios teóricos debe aprovecharse de la natural alianza (curiosamente sin explotar) entre el hispanismo y los Estudios Latinos, que daría energía al campo intelectual en general, aportándonos nuevos modos de hablar y un expandido cuerpo de obras que nos ayudarían a encontrar historias innovadoras y menos parciales que contar.

*Traducido por Francisco Fernández de Alba*

#### NOTAS

<sup>1</sup> Ver el sucinto comentario de Mary Murrell, editora de Princeton University Press, en el que explora brevemente las presiones ejercidas en las imprentas de las universidades contemporáneas y donde hace sugerencias para producir cambios en cómo el campo de las humanidades entiende la validación profesional.

<sup>2</sup> Armijo anota que “varios amigos han comentado que es muy probable que el antecesor de *Se habla español* sea otra antología, *McOndo*, publicado por Grijalbo en 1996.... Concebido en el frío brutal de Iowa, *McOndo* busca cómo medir la influencia de Estados Unidos en Latinoamérica —el caso inverso de *Se habla español*” (9). Gustavo Faverón Patriau en su reseña de este libro para el *El comercio* (Lima) también habla de *Se habla español* como una secuela a *McOndo*, comentando que el primer volumen se abre con algo parecido a la propuesta de un manifiesto para una nueva generación de escritores latinoamericanos, mientras que la nueva antología, también co-editada por Alberto Fuguet, pone énfasis la experiencia en los Estados Unidos que ha dado forma a los autores de la nueva colección (Copia manuscrita de la reseña: 6/01).

BIBLIOGRAFÍA

- Alborg, Concha. *Beyond Jet-Lag: Other Stories* New Jersey: Ediciones Nuevo Espacio, 2000.
- Armijo, Ricardo. “La vocación de la rabia”. Reseña de *Se habla español*. (Manuscrito sin publicar, 2001).
- Baucom, Ian. “Globalit, Inc.; or, The Cultural Logic of Global Literary Studies”. *PMLA* 116/1 (2001): 158-72.
- Beverly, John. *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press, 1999.
- Blanco, José Joaquín. *La paja en el ojo: ensayos de crítica*. Puebla: Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1980.
- Braschi, Giannina. “Blow Up”. *Se habla español: Voces latinas en E.U.A.* Edmundo Paz-Soldán y Alberto Fuguet, eds. Miami: Alfaguara, 2000. 367-76.
- Bruce-Novoa, Juan. “Chicano Literary Space: Cultural Criticism/Cultural Production”. *Retrospace: Collected Essays on Chicano Literature*. Houston: Arte Público Press, 1990.
- Calderón, Héctor. “The Novel and the Community of Readers”. *Criticism in the Borderlands*. Héctor Calderón y José David Saldívar, eds. Durham: Duke University Press, 1991. 97-113.
- Campos, Javier. “Escritores latinos en los Estados Unidos”. Reseña de *Se habla español*. *Ventana abierta* 3/10 (2001): 81-5.
- Castañeda, Quetzil E. *In the Museum of Maya Culture: Touring Chichén Itzá* Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996.
- Chow, Rey. “How (the) Inscrutable Chinese Led to Globalized Theory”. *PMLA* 116/1 (2001): 69-74.
- De Certeau, Michel. *Heterologies: Discourse on the Other*. Brian Massumi, trad. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986.
- Gonzalez, Juan. *Harvest of Empire: A History of Latinos in the United States* Nueva York: Penguin, 2000.
- González Viaña, Eduardo. *Los sueños de América*. Lima: Alfaguara, 2000.
- Gunn, Dewey Wayne. *American and British Writers in Mexico, 1556-1973*. Austin: Texas University Press, 1974.
- Gunn, Giles. “Introduction: Globalizing Literary Studies”. *PMLA* 116/1 (2001): 16-31.
- Jones-Correa, Michael. *Between Two Nations: The Political Predicament of Latinos in New York City*. Ithaca: Cornell University Press, 1998.
- Lee, Rachel. “Notes from the (non) Field: Teaching and Theorizing Women of Color”. *Meridians* 1/1 (2000): 85-109.

20 • Debra Castillo

Mignolo, Walter. *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press, 2000.

Morris, Meaghan. *Too Soon Too Late: History in Popular Culture*. Bloomington: Indiana University Press, 1998.

Murrell, Mary. "Is Literary Studies Becoming Unpublishable?" *PMLA* 116/2 (2001): 394-96.

Paz-Soldán, Edmundo y Alberto Fuguet, "Prólogo: El monstruo come (y baila) salsa". *Se habla español: Voces latinas en E.U.A.*. Miami: Alfaguara, 2000: 13-22.

Said, Edward. "Globalizing Literary Study". *PMLA* 116/1 (2001): 64-8.